

Antonio Rodríguez Huéscar: una metafísica del acontecimiento¹

Antonio Rodríguez Huéscar: Metaphysics of Event

Lucia PARENTE

Università dell'Aquila, Italia

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2015.11>

Resumen:

En el presente trabajo indagamos sobre la atención de Ortega a la vida y al análisis de la palabra, en su dimensión metafísica, en tanto que interés capital de la reflexión de Huéscar. El discípulo de Ortega vive la potencial fecundidad de la vocación de su maestro como una responsabilidad personal, creando con honestidad, inteligencia y profesionalidad un trabajo cuidadoso y preciso sobre su obra; un modelo de apropiación de una filosofía que bien puede ser entendida como una verdadera «metafísica» del acontecimiento. La finalidad de este artículo es reflexionar sobre el pensamiento de Huéscar para recordar la verdad de su vida y su lección de vida filosófica.

Palabras clave: Huéscar, Ortega, acontecimiento, palabra.

Abstract:

In this article we reflect on the attention of Ortega to the life and the analysis of the word, in the metaphysical dimension, which is the principal interest in study of Huéscar. The Ortega's disciple lives the potential fertility of the teacher's vocation as a personal responsibility; and creates, with every honesty, intelligence and professionalism, an excellent investigation on the teacher, that defined "metaphysics of the event". The objective of this article is to reflect on the Huéscar's philosophy to remember its lesson of philosophical life.

Keywords: Huéscar, Ortega, event, word.

¹ El presente trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación, «La Escuela de Madrid» y la búsqueda de una filosofía primera a la altura de los tiempos (FFI2009-11707). Ha sido elaborado como contribución a las Jornadas de Filosofía sobre Antonio Rodríguez Huéscar celebradas en la UNED (Madrid) el 28-29 de septiembre de 2012 bajo el título: *La palabra en el acontecimiento vital del pensamiento de Antonio Rodríguez Huéscar*. Se ha modificado en algunas de sus partes. La traducción es de Magdalena León Gómez y la revisión del texto en castellano es de Jesús Díaz Álvarez, a quien agradezco con todo mi corazón su profesionalidad y amabilidad infinita.

¿Tengo que elegirte?, preguntó el poeta
A la palabra que se proponía
Quédate con las otras Candidatas
Hasta que haga un intento más delicado—

El poeta escudriño en la Filología
Y cuando estaba a punto de llamar
A la suspensa Candidata
Irrumpió sin ser convocada—

Esta parte de la Visión
Que la palabra ansiaba colmar
No en la nominación
Se revela el Querubín—²

La pregunta *¿Tengo que elegirte?*, que cada ser humano hace siempre a la palabra, es, a menudo, la fuente de inspiración de muchos poetas —y no solamente de versos dickinsonianos—, pero, al mismo tiempo, es la pregunta frecuente que incluso el filósofo plantea en su trabajo reflexivo de atención constante a la vida y al análisis de la raíz de las palabras que mejor hablan de ella a través del mensaje que se desea comunicar. Se trata de la complejidad vital del hombre en sintonía con el patrimonio lingüístico del cuerpo, cuya fenomenología ofrece siempre innumerables matices simplemente porque «la palabra es el hombre mismo»³, como dice Octavio Paz.

La atención del *alma*, el atenerse a la *vocación*, el aguantar silencioso, esperando el emerger de la palabra para que ella pueda *afirmar* su existencia, hace entender al poeta el tesoro que sale de lo inconsciente, si se quiere utilizar la interpretación junguiana, o permite trazar el recorrido de lo que intuye y constituye la fuerza inspiradora de su verdadera existencia, si se considera en clave teórica. Sin duda, el hombre es el único entre los seres vivientes que tiene la capacidad para representar simbólicamente la propia realidad con sus circunstancias.

En el caso de Ortega, como recuerda Antonio Rodríguez Huéscar, la palabra hablada de su maestro —que es lo mismo que decir de su itinerario vital— «fluía en armónica concordancia con su mirada, su gesto y ademán»⁴, cuya tensión siempre se dirige a las *entrañas*, o sea a la dimensión más profunda del ser humano, para llegar a ser y *al* ser en el hacerse receptivo del pensamiento, que revela su vocación.

De hecho, Huéscar siente ante todo la potencial fecundidad de la vocación de su maestro como una responsabilidad personal, porque, en efecto,

² «Shall I take thee, the Poet said / To the propounded word? / Be stationed with the Candidates / Till I have finer tried - / The Poet searched Philology / And when about to ring / For the suspended Candidate / There came unsummoned in - / That portion of the Vision / The Word applied to fill / Not unto nomination / The Cherubin reveal», *cfr.* Dickinson, E., «Poesía 1126», *Tutte le poesie*, tr. it. de N. Campana, C. Campo, M. Guidacci, Milano, Mondadori, 1997, pp. 1162-1163. La cuestión eterna, claro, de las traducciones, se hace todavía más espinosa cuando se habla de poesía; pero me he permitido de traducir estos versos en lengua española, porque los ritmos del lenguaje dickinsoniano corresponden a los ritmos de mi *vitalidad, alma y espíritu*.

³ Paz, O., *El arco y la lira*, México, FCE, 1993, p. 30.

⁴ *Cfr.* Rodríguez Huéscar, A., *Semblanza de Ortega*, edición de José Lasaga, Barcelona, Editorial Anthropos, 1994, p. 40. Para profundizar en el tema del magisterio orteguiano en torno a Huéscar, *cfr.* el excelente estudio de Padilla Moreno, J., *Antonio Rodríguez Huéscar o la apropiación de una filosofía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

Si su palabra era «interpelante», la mirada tenía una acuidad, un poder penetrativo, que calaba hondo en la intimidad de su interlocutor, y así este se sentía personalmente implicado, o mejor, «visto» por dentro, en su mirar –creo que fue María Zambrano a la que la oí decir más de una vez: «Tiene mirada de rayos X»–. Pero, era una mirada tan clara y franca, y su fuerza reveladora –en perfecto acorde con la de su palabra– se manifestaba con tal espontaneidad, que no se la sentía en absoluto como una violación de la intimidad, sino que, por el contrario, suscitaba la confortante sensación de un profundo respeto por ella.⁵

Las palabras de Ortega logran captar la atención de Huéscar, y no solo de él, por supuesto, y crear así el deseo de analizarlas en su dicción más adecuada, en sus similitudes y/o disonancias con las imágenes y los sonidos que acompañan el tejido del pensamiento de cada ser humano.

A partir de esta emoción filosófica por excelencia, vivida plenamente, nació en el estudiante Antonio⁶ un trabajo cuidadoso y preciso sobre la obra de su maestro para *desentrañar a la par* su pensamiento, usando el poder prodigioso (típicamente socrático) de las palabras oídas más que meditadas en el ejercicio de la lectura. Porque solo aquellos oídos, en la musicalidad de la entonación expresivo-lingüística, permiten llegar directamente con su misma alma meditativa al alma de quien las acoge.

En este sentido, Huéscar recuerda el «genio y la palabra» de su maestro en 1983:

Desde que comencé a oír la palabra de Ortega me di cuenta de que me hallaba en presencia de algo definitivamente importante, a saber: de la filosofía misma, *en vivo*, y en una de sus versiones histórica plenarias. Esta percatación no hizo sino irse afirmando, haciéndose más profunda y consciente, a medida que avanzaba en mis estudios [...]. La palabra de Ortega tenía un poder de nudificación de la realidad, una virtud penetrativa y manifestativa de sus zonas básicas, inmediatas y literalmente asombrosos. Pero esa función de desnudar la realidad, de llegar a sus estratos radicales y ocultos a través de la hojarasca de lo aparential, es lo que propiamente se llama verdad –*Aletheia*– y el asombro ha sido siempre la emoción filosófica por excelencia⁷.

El don, o arte de la palabra, no es ofrecido por el maestro Ortega mediante el uso de retórica sofista clásica de engaño o virtuosismo lingüístico y efímero, sino que cuidadosamente se procesa para extraer de la palabra misma el «sentido etimológico» que puede (re)llamar la atención del interlocutor a un análisis profundo de la escritura de la realidad. Y quizás este tipo de escritura puede ser entendida como lo hizo Paul Celan, es decir, la «Escritura menuda entre las paredes / inaccesible- auténtica / Subir (Ascender) y Volver / en el Futuro dar luz al corazón»⁸, y no para acceder a la posesión de una verdad fijada y establecida *sub specie aeternitatis*, sino para «salvar» el pasado, adaptándolo a las exigencias del presente, un presente transitado por el futuro.

De este modo nace el respeto por la palabra en la investigación etimológica de Huéscar, que se *propone* a los seres humanos –podríamos decir– convirtiéndose en el medio para aclarar los conceptos de los filósofos, y convirtiéndose, al mismo tiempo, en la palabra creativa de

⁵ Rodríguez Huéscar, A., *Semblanza de Ortega*, op. cit., p. 40.

⁶ En efecto, Huéscar escribe: «Desde luego, su esplendente estilo y la fuerza y claridad del pensamiento que lo animaba me cautivaron inmediatamente», en «Ortega: genio y palabra», *Revista de Occidente*, nº 24-25, 1983, pp. 214-241, cit. en p. 217.

⁷ *Idem*.

⁸ «Dieses / schmal zwischen Mauern geschriebne / unwegsam-wahre / Hinauf und Zurück / in die herzliche Zukunft», Celan, P., «Anabasis», *Poesie*, tr. it. de G. Bevilacqua, Milano, I Meridiani, Mondadori, 2008, pp. 438-439.

los poetas que expresan la relación entre lo visible y la distancia, entre el aquí y el allí, como vicarios del infinito mismo irrepresentable, análogo a los indefinidos leopardianos.

De hecho, utilizando los magníficos versos de Alda Merini, los «poetas, en su silencio / hacen mucho más ruido / que una cúpula dorada de estrellas»⁹, pues los poetas mismos evocan el poder creativo de la palabra que se renueva y enriquece cuando ella es enunciada, siempre renovando y enriqueciendo, a su vez, a quien pronuncia la palabra misma; los filósofos, en cambio, utilizan un lenguaje preciso y «medido» para indicar la exacta correlación entre términos y conceptos a través de la claridad, precisión y distinción etimológica que merecen: el ideal –necesario– de la inteligibilidad científica y, sin duda, de la claridad filosófica.

Naturalmente, inspirados por el pensamiento zambraniano, siempre nos gusta actualizar el debate entre la palabra poética y la filosófica, cuya distinción puede resumirse en la síntesis del pensamiento panikeriano: «la palabra es un símbolo, el término es un signo».¹⁰ La palabra creativa evoca significados poéticos contenidos en los símbolos, mientras que la precisión terminológica, utilizada con cuidado y precaución interpretativa por el filósofo, presenta la claridad del análisis conceptual en el acontecimiento de las experiencias humanas, justamente aquellas que son objeto de interés principal para Huéscar. En este tipo de acontecimiento se expresa un concepto determinado por signos que conforman ese preciso término y que, a su vez, se refieren a las cosas y al contenido de la experiencia en sí misma, siguiendo una lógica racional nunca separada de «la expectativa de lo inesperado»¹¹ que anhela el ser humano.

Por supuesto, aquí se entiende por experiencia tanto *lo sensible* (las cosas que se tocan, se gustan, se ven...) como *lo intelectual* (las cosas entendidas a través de la interpretación personal) y, por fin, *lo espiritual* (todo lo que se refiere al misterio cósmico físico y metafísico). En este sentido, sin duda, la vida del hombre constituye una nueva idea de metafísica, según Rodríguez Huéscar, es decir, la idea de que la vida humana puede ser entendida como *realidad radical*, hecho que implícitamente lleva dentro de sí una nueva idea de la razón, inseparable de la razón vital orteguiana o histórica de eco diltheyana. Claro que Huéscar dedica su vida al estudio de nuevas categorías vitales, también recordadas durante su exposición en la semana conmemorativa del 25 aniversario de la muerte de Ortega. Son algunas categorías nuevas que hacen patente la crítica del idealismo: dualidad funcional y dinámica, ser único en la circunstancia (yo, circunstancia), presencia (inmediatez, transparencia, temporeidad), ejecutividad (hacer y hacerse, libertad forzosa), absoluto acontecimiento (pasar o pasarnos, actualidad, contingencia), etc., subrayando por fin el fuerte sistematismo peculiar del pensamiento orteguiano impuesto por la propia realidad cuya estructura pretende traducir.

Se puede decir que esta categoría de la estructura analítica de la vida de cada ser humano puede ser considerada de primordial importancia, ya que constituye el fundamento o «lo que

⁹ Véase también en el bien conocido *Testamento* de Alda Merini donde ella escribe: «Los poetas trabajan de noche / cuando el tiempo no les urge, / cuando se calla el ruido de la multitud / y termina el linchamiento de las horas. // Los poetas trabajan en la oscuridad / como halcones nocturnos o ruiseñores / de canto dulcísimo / y temen ofender a Dios. // Pero los poetas, en su silencio, / hacen mucho más ruido / que una dorada cúpula de estrellas» [«I poeti lavorano di notte / quando il tempo non urge su di loro, / quando tace il rumore della folla / e termina il linciaggio delle ore. // I poeti lavorano nel buio / come falchi notturni od usignoli / dal dolcissimo canto / e temono di offendere Iddio. // Ma i poeti, nel loro silenzio / fanno ben più rumore / di una dorata cupola di stelle»], cfr. Ead, *Testamento (1947-1988)*, ed. de G. Raboni, Milano, Crocetti Editore, 2002, p. 67.

¹⁰ Panikkar, R., *Lo spirito della parola*, ed. de G. Jiso Forzani, tr. it. de M. Carrara Pavan, Torino, Bollati Borin-ghieri, 2007, p. 9.

¹¹ Es una cita de Huéscar que José Ortega Spottorno recuerda en un artículo publicado en *El País* (3.5.1990) para conmemorar la muerte de su querido y fraterno amigo.

hay», a través de la cual puede llegar a las categorías más complejas como la contingencia y el tiempo. En esta visión, Huéscar presenta la vida del hombre *único, intransferible, irrepetible*, como ámbito de manifestación de lo que aún existe en constitutiva contradicción en la criatura humana en su forma de sentir y vivir, donde la *perspectiva* es siempre un rasgo esencial de la misma realidad.

Como ha sido señalado apropiadamente por Huéscar:

El hombre es, en efecto, inseparable de su circunstancia: yo y circunstancia se necesitan, existen solo como funciones mutuas y complementarias de la realidad única que es la vida humana. Ahora bien, la estructura de esa realidad dúplice resulta ser, en uno de sus aspectos fundamentales, la de una *perspectiva*. Al describir la perspectiva describimos, pues, estructuras elementales de la realidad radical, y siendo esta la realidad compleja por excelencia –ya que en principio lo *complica* todo– es forzoso que tal complicación se proyecte sobre el concepto de perspectiva –y por consiguiente, sobre el de «verdad», tan íntimamente vinculado a éste¹².

Es una auténtica unión entre la perspectiva de la vida y la realidad radical. Tanto la realidad radical como la razón asumen la perspectiva de una reforma profunda de la concepción de la racionalidad y de la realidad que se complementan recíprocamente y permiten a la filosofía realizar un viaje teórico nuevo en continua comparación crítica con el pasado idealista¹³ y racionalista por excelencia. Aquí aparece con creciente evidencia en el pensamiento de Huéscar el recuerdo de palabras habladas por Ortega, cuya filosofía «es así un estar comenzando de nuevo» en una condición tan radical como autónoma, pues la única *servidumbre* de la filosofía puede (y debe) estar solo al servicio de la vida por medio de la «claridad» que caracteriza la *autenticidad* del hombre y la *virtud* del filósofo.

Con respecto a esta última valoración, se citan de nuevo las palabras de Huéscar:

Solo cuando la vida toma posesión de sí misma en la autenticidad, solo cuando adquiere transparencia ética, puede hacerse también transparente el pensamiento en su función de recibir la revelación de la realidad. Y la verdad de este enunciado, a su vez, solo ha podido ser plenamente descubierta cuando la realidad revelada al pensamiento ha sido la vida misma, esto es, dentro de una genuina filosofía de la vida...¹⁴

Su propuesta es entonces: la vía para realzar una filosofía auténtica de la vida es gracias a la atención particular y meticulosa del empleo de las palabras. Así el pensamiento del filósofo orteguiano tiene como principal objetivo sistematizar la palabra misma del «acontecimiento vital» o «acto de presencia» de la vida humana individual –no adhiriéndose a la antigua categoría del ser parmenídeo (aunque reexaminada en clave histórico-filosófica)– para resaltar el cambio radical teórico del análisis radical de la realidad concebida como «ser» y reflexionar sobre la misma como «acontecer». Como José Lasaga Medina sintetiza en su preciosa intro-

¹² Rodríguez Huéscar, A., «Perspectiva y verdad. El problema de la verdad en Ortega», *Revista de Occidente*, 1966, pp. 99-100.

¹³ «Como muy bien sabemos, la crisis del idealismo es el tema de nuestro tiempo para Ortega y su discípulo», cfr. Esteban Enguita, E. J., «Crisis, libertad, salvación y vida: la filosofía de Ortega para Antonio Rodríguez Huéscar», en: <http://apps.carleton.edu/proyecto/>, p. 3. Del mismo autor se señala asimismo el interesante artículo «Vida, perspectiva y metafísica: Antonio Rodríguez Huéscar y José Ortega y Gasset», *Bajo palabra. Revista de filosofía*, II Época, nº 7, 2012, pp. 455-467.

¹⁴ Rodríguez Huéscar, A., «La verdad como liberación del hombre hacia sí mismo (un intento de interpretación del concepto orteguiano de “verdad”», en *Con Ortega y otros escritos*, Madrid, Taurus, 1964, p. 88.

ducción a la obra *Ethos y logos* de Huéscar, se trata de pasar «de una metafísica que no tiene que dar cuenta del tiempo a otra que asume la “temporeidad” como su consistencia más íntima»¹⁵. Por lo tanto, el miembro de la llamada «Escuela de Madrid» profundiza el análisis sobre el ser que él define como un «ya-ahora», o sea, pura «movilidad, inestabilidad o transitoriedad»¹⁶, consistente con «el haber sido» o con «el haber-de-ser» en la nueva visión de la *instancia*¹⁷, entendida como «dinámico acto de la presencia».¹⁸ Teniendo eso presente, la palabra filosófica puede ser considerada en su valor material, corporal, más allá de lo ideal y espiritual y le permite a Huéscar analizar los acontecimientos humanos lo mejor posible, creando una real metafísica del acontecimiento y ofreciéndonos hoy aquella oportuna «familiaridad» de la palabra que se forma en su mente a través del análisis etimológico y también del ritmo, el tono y los coloridos fónicos del tejido silábico, en una armonía constante con la posibilidad de la respuesta a la misteriosa musicalidad del sentimiento, del impulso o del despliegue emotivo, si se quiere considerarlo en clave zambraniana.

Quizás, se podría decir que el ser mismo que busca la palabra en el humano existir es como ya lo expresó Aristóteles en las *Categorías*. Aquí la palabra es el verdadero traslado ontológico del ser a la existencia que se caracteriza por las experiencias de vida, porque la función del hablar es ante todo una función que desvela, y solo por este motivo puede asumir luego una función comunicativa. En este sentido, la palabra debe preocuparse por la verdad que puede liberar el hombre hacia sí mismo.

En todo caso, como dice Jorge Luis Borges, «larga repercusión tienen las palabras»¹⁹ en los seres humanos. El hombre siempre vive singularmente su destino siendo signo dentro un universo indescifrable donde la palabra puede ser una condena, pero también una salvación, o sea, como instrumento de poder que puede condicionar y engañar o como medio de conocimiento y apertura mental.

¿Quién sabe si la palabra es una forma de «hacer un pacto» con la conflictividad, la ambigüedad humana y la complejidad del mundo?... No existe respuesta definitiva y absoluta, solamente posibles perspectivas de resolución.

Y volviendo al discurso filosófico de Huéscar, una posible perspectiva es «la función de desnudar la realidad»²⁰, en sintonía con su interioridad (él se lo reconocía a Ortega como gran valor). Porque es esta una modalidad que trata también de poner en evidencia los lados más oscuros de estas experiencias humanas, no para confundir o eliminarlas, sino por (re)proponer al hombre mismo con la claridad conceptual necesaria aquello que le permite explorar sus numerosas posibilidades.

El mérito de Ortega ha sido precisamente el de haber sabido crear en el oyente atento y sensible (y en nosotros hoy) los movimientos del ánimo, inmersos en la circunstancia, de aquella palabra vital que se revelará accesible a Huéscar a través de la argumentación racional

¹⁵ Lasaga Medina, J., «Introducción del Editor», en A. Rodríguez Huéscar, *Ethos y logos*, Madrid, UNED, 1996, pp. XVIII-XIX.

¹⁶ *Ibid.*, p. 40.

¹⁷ El dinamismo de la vida caracteriza el *instante*, según el razonamiento de Huéscar. Esto es *no-estante*, si se considera en negativo, o sea, inestable, fugitivo, fluido frente al ontologismo, al sustancialismo; mientras en la acepción del verbo que implica tal término, como lo que es considerado *insta*, o sea, lo que se reclama, que llama, que convoca o provoca, típico de la actitud poética o mística, a nuestro parecer.

¹⁸ Lasaga Medina, J., «Introducción del Editor», *op. cit.*, p. 41.

¹⁹ Borges, J. L., «El arte narrativo y la magia», en *Obras Completas 1975-1988*, Vol. I, Buenos Aires, Emecé, 1996, p. 231.

²⁰ Rodríguez Huéscar, A., *Ortega: genio y palabra*, *op. cit.*, p. 281.

y la búsqueda técnica de los efectos expresivos. Como testimonia también Ana Esther Velázquez Fernández, la cual conoció el filósofo siete años antes de su muerte con ocasión de una jornada conmemorativa dedicada al maestro, Ortega lograba «extraer el sentido etimológico de las palabras y aun inventar aquellas que hicieran más patente lo que deseaba expresar, porque solo una fuerte llamada de atención puede mostrarnos lo sorprendente de cada instante vivido».²¹

Sin duda, esta es una forma reflexiva ampliamente compartida por todos los alumnos de Ortega, incluso aquellos que demostrarán diferencias evidentes con respecto a algunas de sus concepciones teóricas, como en el caso de María Zambrano, por ejemplo, pues las palabras orteguianas en la «discípula infiel»²² caracterizan la inspiración para su camino filosófico, que más tarde sería incluso poético, en cuanto que moverán enérgicamente sus ideas con una fuerza parecida a la que derriba un dique, una fuerza que se dirige hacia un vacío que colmar, lanzando así la idea –muy delicada y ardua– de razón poética como modo de investigar nuevos caminos. Si se prefiere decir de otro modo, la razón zambrana une la atención del alma poética, que desciende en la oscuridad para luego elevarse a la pureza, al atenerse a la vocación filosófica que elabora la vida misma en categorías.

Naturalmente, el debate sobre la potencialidad y originalidad de las aportaciones de este camino es una cuestión que ocupa ya a las nuevas generaciones y un problema en el que ahora no profundizaremos. Nos limitaremos a decir que tanto en el caso de María Zambrano como en el de Huéscar ambos se atrevieron a pensar con Ortega más allá de Ortega, reconociendo el mérito a Huéscar de ser considerado –como decía Ferrater Mora– el discípulo que con mayor profundidad teórica ha entrado en la interpretación de la filosofía orteguiana²³ cuando ser su discípulo era más problemático. Pero todavía en ambos casos la vida siempre es considerada como un darse cuenta ejecutivo, lo que implica inevitablemente una esfera tridimensional: la esfera del *pathos*, del *ethos* y del *logos*²⁴ vividos en el sentimiento o movimiento original del acontecimiento vital. Está claro que los años de formación en la prestigiosa Facultad de Filosofía y Letras madrileña, que tuvo como decano a Manuel García Morente, dio la oportunidad a Huéscar, y a todos los discípulos orteguianos, de respirar constantemente una cultura filosófica de gran altura científica y serenidad dialógica, «ensayando múltiples “salvaciones”» o «practicando más bien una suerte de “ensimismamiento” filosófico»²⁵.

Sin duda, no se puede dejar de evidenciar en Huéscar cierta originalidad o, mejor dicho, como lo define Lasaga, un «*heroísmo intelectual*»²⁶ que recorre toda su investigación de la obra orteguiana. Porque Ortega tuvo su propio y particular modo de hacer filosofía, siempre dictado por la urgencia profesional de escribir mucho y cotidianamente, sin –quizá por este

²¹ Velázquez Fernández, A. E., «El perfil intelectual de Rodríguez Huéscar», *El País*, 31.5.1990.

²² En este sentido, también vienen a la mente las palabras de Rosa Chacel cuando dice que «ser discípulo de Ortega significa ser uno mismo. El que imite a Ortega no es discípulo de Ortega (como ya lo ha dicho Julián Marías); solo lo es el que sepa ser *él mismo y su circunstancia*», Chacel, R., «Ortega a otra distancia», *Obra Completa*, Vol. III, Centro de Creación y Estudios Jorge Guillén, Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1993, pp. 397-398.

²³ Para profundizar en el camino de Ortega y su Escuela, cfr. AA.VV. de la Fundación Ortega y Gasset, «El legado de Ortega», en F. H. Llano Alonso, A. Castro Sáenz (Ed.), *Meditaciones sobre Ortega y Gasset*, Madrid, Tébar, 2005, p. 24; y, en el mismo libro, cfr. J. Zamora Bonilla, «Semblanza histórica», pp. 35-51.

²⁴ Al respecto, cfr. Cerezo Galán, P., «Páthos, éthos, lógos (en homenaje a Antonio Rodríguez Huéscar)», *Revista de Occidente*, nº 24 (Mayo), 2012, pp. 85-107.

²⁵ Cfr. Padilla, J., «Marías y Rodríguez Huéscar: vidas paralelas», *Cuenta y Razón*, nº 144, p. 6.

²⁶ Lasaga Medina, J., «Antonio Rodríguez Huéscar. El momento “Escolar” de la filosofía», en *Boletín de estudios de filosofía y cultura*, nº VI, Barcelona, Fundación Míndán Manero, 2011, p. 108.

motivo— poder profundizar en la elaboración de algunas temáticas de relieve teórico mayor, que Huéscar —o el mejor conocedor de Ortega— en cambio busca sistematizar como categorías de la vida que estructuran la existencia, como ya se ha dicho, en dualidad funcional y dinámica, en presencia, en ser ejecutivo y, por fin, en «*absoluto acontecimiento*» o en el acto unitario de vivir: o sea, en la unión entre el *acto de presencia* y el *acto de la vida misma*²⁷, por decirlo con las palabras de Ortega bien evidenciadas en el análisis fenomenológico de Javier San Martín.

Además, es pertinente recordar que Huéscar ha sabido transmitir las ideas del maestro en un tiempo de declarada hostilidad por parte de los intelectuales del régimen de la época hacia todas las tesis orteguianas, consideradas a-católicas y peligrosas para los jóvenes. Pero contra viento y marea, compartiendo la reflexión de Lasaga Medina, «Huéscar conocía muy bien la historia de la filosofía y estaba convencido de que la “escuela orteguiana” habría tenido una oportunidad de competir con las otras escuelas “nacionales” en filosofía que se habían ido constituyendo a lo largo de la modernidad»²⁸.

Y la modernidad de ayer se ha vuelto nuestra contemporaneidad, que solicita «establecer la perspectiva adecuada para la visión de esa gran realidad española y humana que es Ortega... en esencial conexión con el descubrimiento de la vida. Según esa normativa, cuanto más se multipliquen los puntos de vista sobre él, tanto más se irá enriqueciendo su comprensión y vigencia»²⁹... Pero siempre e inexorablemente gracias a la palabra que se manifiesta en el acontecimiento absoluto de cada criatura humana que en cada instante de su existencia se dirige a ella preguntándole: *¿Tengo que elegirte?*

²⁷ Al respecto, cfr. San Martín, J., «La relación de Ortega con la fenomenología como la caja de los truenos de las interpretaciones», *Boletín de estudios de filosofía y cultura*, nº VI, *op. cit.*, pp. 11-35, p. 19.

²⁸ Lasaga Medina, J., «Antonio Rodríguez Huéscar. El momento “Escolar” de la filosofía», *op. cit.*, p. 116.

²⁹ Rodríguez Huéscar, A., «Presencia y latencia de Ortega», en *Semblanza de Ortega*, *op. cit.*, p. 179.